

Max Weber y la intelectualidad en la modernidad

Juan Guillermo Gómez García¹

¹ Profesor de la Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia.

Max Weber muere hace un siglo en plena pandemia. Poco antes de morir, en medio de una crisis histórica sin precedentes, pronunció sus dos célebres –para la posteridad– conferencias, «La política como vocación» y «La ciencia como vocación», expuestas por una invitación extendida por la Asociación Libre de Estudiantes de Múnich en el invierno de 1919. Las conferencias las podemos considerar un testamento de sus ideas del papel equívoco, pero no menos decisivo, de los intelectuales en la construcción, desde el Renacimiento a su presente, del mundo europeo moderno.

Equívoco, porque no hay una línea única que decida por ese papel múltiple y contradictorio que juega la inteligencia en la vida europea occidental en esos siglos, sino que, por primera vez, al menos en un sentido amplificado, la huida contra la ciencia empezó a caracterizar círculos amplificados de corrientes intelectuales, a sospechar por el poder inmenso de la ciencia, sobre todo de las ciencias naturales al servicio de la muerte, la guerra y el poder. Múltiple, porque los intelectuales han aparecido en la escena europea occidental para definir los procesos más determinantes de la vida a nivel político, económico y social.

Max Weber cree en el papel de la ciencia como valor referido en sí para la indiscutible racionalidad del mundo moderno. Las tensiones que abría la última época sombría de Europa obligaban a desconfiar de ese papel regulador, no solo de las ciencias sino también del entramado del mundo moderno que se vino abajo con la Primera Guerra Mundial. Como lo anota su discípulo norteamericano Talcott Parsons,

en una conferencia de 1964, «Evaluación y objetividad en el ámbito de las ciencias sociales: una interpretación de los trabajos de Max Weber», ese acontecimiento «señaló el fin de una época»². Era el fin de los Estados nacionales, de la concepción «tradicional» de soberanía nacional, de la pérdida de la hegemonía del poder mundial de Europa, de la emergencia de las potencias norteamericana y rusa y del desbarajuste de los sistemas culturales e intelectuales dominantes. Dicho, en otros términos, Weber alcanzó a advertir ese enorme abismo que se abría a sus pies y quiso tomar medidas de ajuste, que, como lo advierten muchos de sus estudiosos, cayeron en el vacío.

En la naciente República de Weimar, habría que decirlo necesariamente, tampoco comportaba la mejor de las condiciones —quizá se vivía en el peor escenario— para que las dos conferencias señaladas, pudieran ser escuchadas con la ponderación y comprensión serena en vista de las crecientes tensiones políticas. Era la década del extremismo dominante, nacionalismo vs. bolcheviquismo, que van a conducir, unos años después a la mayor hecatombe de la historia universal, es decir, el ascenso de Hitler al poder, que arrastró y subyugó tras sí a cerebros de la talla de Carl Schmitt, Gottfried Benn, Stefan George, Ernst Jünger y Martin Heidegger, entre otros más.

Así que el problema de la inteligencia o los intelectuales des-puntaba como un problema decisivo, que obligó a otro discípulo de Weber, el húngaro-alemán Karl Mannheim, a estudiar a fondo el problema de la inteligencia, primero en su libro *Ideología y utopía* (1922) y luego en sus tres *Ensayos de la sociología de la cultura* (1932). Pero que también demandó, en la orilla francesa, al elegante filósofo Julien Benda a escribir un incisivo ensayo, *La traición de los intelectuales*, que definitivamente dejaba al descubierto la enorme complejidad temática, de las fuentes del irracionalismo y del anti-intelectualismo de los intelectuales como un signo creciente de malestar cultural.

Así que el problema de los intelectuales, o el papel de la inteligencia como forjadora de una imagen racional del mundo de la naturaleza y de las ciencias sociales, fue obligadamente esbozado en esa hora crítica de Weber, que se le abría con la desconfianza y escepticismo moderados que caracterizó al sociólogo alemán. Pero

² Parsons, Talcott et al. *Presencia de Max Weber*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1971, p. 11.

por escéptico que fuera, asumimos que nunca pensó que podría desembocar en la brutal orgía irracionalista e histérica del hitlerismo. Weber pues se preguntó por el papel de la inteligencia, en principio en el marco de la universidad, como institución portadora de un sistema de conocimientos que, en Alemania, llevaba el sello indeleble de Humboldt, la universidad para «la investigación y la soledad». Pero sea dicho de paso, una tradición neohumanista que se quiebra brutalmente solo hasta el «Discurso de la auto-afirmación de la universidad alemana» de Martin Heidegger al asumir la rectoría de la Universidad de Friburgo en 1933.

Weber cree en el poder de la ciencia, como lo expresa en «La ciencia como vocación», como valor que en sí mismo define sus condiciones de realidad objetiva, independiente de que sea ciencia natural o social —son ciencias con un método de base empírica—, que llama *wertfreiheit*; esta característica de la ciencia es irrenunciable y de ello deriva el particular deber ser o *ethos* científico. Pero a la vez entiende que la ciencia se relaciona con un entorno, con el mundo de la política y la sociedad, que puede condicionar, pero no desfigurar, las tareas científicas racionales de las ciencias, ese entorno lo llama *wertbeziehung*. La universidad ha sido un entorno propicio que viene enrareciendo ese postulado de la libertad valorativa de la ciencia, por las corrientes divergentes del irracionalismo creciente. Ejemplo de ello es el movimiento de los *wandervögel* —pájaros migrantes— de un Alexander Schwab³. Las tensiones entre los postulados tradicionales del quehacer científico, labrados por un sólido siglo de investigación universitaria, es decir, bajo el modelo de la universidad prusiana, hacía que por primera vez el ideador privilegiado del conocimiento *par excellence*, el profesor universitario, se empezara a tambalear de su inconvertible silla. La excepción de Nietzsche, si queremos traer un ejemplo extremo, solo confirmaba la regla de este estatus indiscutible del saber universitario⁴.

Pero Weber no contraía al saber universitario, o reservaba solo

³ Conferencia de Álvaro Morcillo Laiz en las Jornadas de Teoría Sociológica: 100 años del fallecimiento de Max Weber. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, 23 de julio 2020.

⁴ En forma inusual, aunque parcialmente explicable, Nietzsche renunció a su cátedra profesor de Filología Clásica de la Universidad de Basilea en 1879. Luego, como señala Mannheim, los movimientos proletarios, el movimiento feminista y de juventudes contribuyen a poner en jaque la sacrosanta imagen de la universidad y sus encopetados profesores. Esto da lugar al escepticismo de los intelectuales y su sospecha por las masas.

a él las altas virtudes del papel de la inteligencia para la construcción racional del mundo europeo. En la conferencia «La política como vocación» traza un esbozo muy breve, pero siempre indicativo, del papel múltiple de la inteligencia y su destino al hilo de la configuración del Estado moderno, que consolida la figura del funcionario moderno. Este funcionariado, dice, «se va convirtiendo en un conjunto de trabajadores intelectuales altamente especializados mediante una larga preparación y con un honor estamental muy desarrollado, cuyo valor supremo es la integridad»⁵ —este no es un mal chiste weberiano a la luz de nuestros corruptos, inescrupulosos e ineptos altos funcionarios estatales colombianos—. Es decir, que el estado moderno europeo había alcanzado su esfera propia de legitimidad, en virtud del desarrollo de ese funcionariado desde poco antes del Renacimiento, y que contaba con personalidades como Maquiavelo. Pero luego se configuró la legión de abogados, sin la que no era pensable la Revolución francesa, y más recientemente los periodistas, sin los que no es posible pensar la opinión pública, los partidos políticos y parlamentarismo del siglo XIX, pese al estado de deterioro y degradación en que se había visto casi destruida esa loable profesión intelectual, tan exigente como cualquier otra. Así que diplomáticos, financistas, militares, abogados y periodistas, estos enjambres de intelectuales especializados como funcionarios públicos o políticos activos, habían consolidado un Estado racional al margen del despotismo principesco medieval.

La creación de ese funcionariado especializado —*beamtentum*— no fue obra del azar en el caso alemán. Fue la decidida creación de origen prusiano, que se remontaba a las llamadas «reformas prusianas» de 1809-1810, que buscaron transformar la sociedad estamental —regida por el absolutismo— por una civil —regida por las leyes fundadas en una monarquía constitucional—. En otros términos, era el producto de unas reformas por arriba, tras la catástrofe de los ejércitos prusianos en su derrota frente a Napoleón (1806/1807), para erigirse Prusia como Estado moderno basado en la categoría de ciudadano con derechos civiles iguales —ya no súbdito, legalmente desiguales—. Estas reformas por arriba —reformas autodefensivas, las califican los historiadores— comprometían la administración pública, el ejército, el sistema aduanero, el código civil —de origen napoleónico— y la reforma universitaria —Universidad de Berlín

⁵ Weber, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza editorial, 1979, pp. 101-102.

creada por Humboldt—. Los grandes reformadores, Stein y Hardenberg, sentaron las bases legales y políticas de una transformación a largo plazo que pretendía evitar los estremecimientos revolucionarios —particularmente un movimiento jacobino— para lograr por vía pacífica la aclimatación de una sociedad burguesa sin los estertores de un parto violento como el francés.

El postulado prioritario de una reforma de la administración pública evita las discusiones de una reforma constitucional a lo francés, con su característica división de poderes y su consecuente parlamentarismo. El Estado burocrático racionalizado prusiano aplazaba y supeditaba el Estado constitucional, bajo principios no menos firmes: «Compartimientos administrativos —pero consulta colegiada; legalidad de los procedimientos— pero responsabilidad personal del funcionario por la consulta y la aplicación de las leyes»⁶. Todas las leyes y las instrucciones administrativas fueron reformadas —quizá este fue el modelo administrativo adoptado por el general Santander a su retorno de Europa, al pasar por Alemania— para asegurar un verdadero Estado administrativo, que garantizara la unidad, el poder y la gobernanza desde arriba y delimitara el campo de acción de cada uno de los funcionarios. La publicidad y la transparencia de la administración articulaban la competencia de la actuación racional del funcionariado altamente calificado. Ello garantizaba su experticia por la exigente formación universitaria y la estabilidad en el régimen público, y evitaba así el clientelismo, la arbitrariedad, el capricho y la corrupción consecuente. El ideal moral kantiano, de exigirse de sí lo máximo en cada ocasión nutría ese ideal público del burócrata alemán. El *beamte* —el funcionario— es hasta el día de hoy garante de esa tradición.

La novela *Effi Briest* (1895) de Theodor Fontane —llevada al cine magistralmente por Fassbinder— retrata ese funcionario típico, cortado por el molde prusiano-kantiano, en la figura severa, disciplinada, competente y cargada de la severa dignidad de sí mismo, de Gert von Instetten. Von Instetten es, en efecto, el funcionario modelo, leal a Bismarck, puntual en sus actuaciones administrativas, socialmente afable, tierno y amoroso con su esposa-niña. Su puntualidad no se quiebra en su luna de miel, en el viaje —obligado a este estatus— a Italia, para regresar a su servicio sin un día de retraso.

⁶ Koselleck, Reinhart. *Preussen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848*. Stuttgart: DTV/ Klett-Cotta. 1981, p. 165.

Carece por su puesto de humor y somete a su joven Effi —que puede ser por edad su hija— a un régimen de vida austero y una educación por el temor reverencial. Carece de humor y sobre todo de fantasía sensual. —«Insteten estaba enteramente consagrado a su cargo y a su casa»—. En la escena cumbre de la novela, tras enterarse por accidente de la infidelidad de Effi con su amigo, el fantasioso capitán Campras, el alto funcionario berlinés confiesa que se ve obligado al duelo, no por sed de venganza u odio. Sigue amando a su esposa y está inclinado a perdonarla. Pero el motivo de ese duelo no puede ser otro, dice a su colega el consejero privado Wüllersdorf: «Es funcionario del imperio»⁷.

Weber no vivió toda la época tenebrosa que acompañó la desgraciada República de Weimar, el experimento democrático y republicano fallido de la era wilsoniana. La Alemania herida no quería reconciliarse con un presente determinado por el Tratado de Versalles y la humillante condición económica de sus habitantes. El caso es que la inteligencia ya no estaba a altura de su hora decisiva. Era hora de la venganza o del olvido. Hasta los profesores de historia, como el doctor Cornelius, como queda retratado en el cuento de Thomas Mann, «Desorden y dolor precoz», se refugian del presente, pues «odian los trastornos actuales porque los perciben ajenos a toda ley, incoherentes y descarados, en una palabra, “ahistóricos”»⁸, quieren lo pasado porque está muerto, y la muerte es la fuente de su devoción y su sentido sepulcral.

Todo lo contrario, al rechoncho, calvo y enano historiador historicista fue Max Weber.

Referencias

- Fontane, Theodor. *Effi Briest*. Barcelona: Bruguera, 1982.
- Koselleck, Reinhart. *Preussen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848*. Stuttgart: DTV/Klett-Cotta, 1981.

⁷ Su argumento es: «Lo he pensado desde varios puntos de vista. Uno no es meramente un hombre aislado, sino que pertenece a una comunidad a la que siempre debemos respetar, porque de ella dependemos en absoluto.» *Effi Briest*. Barcelona: Bruguera, 1982, p. 280.

⁸ Mann, Thomas. *Cuentos completos*. Edhasa. Barcelona, 2014, p. 648.

Mann, Thomas. *Cuentos completos*. Barcelona: Edhasa, 2014.

Morcillo Laiz, Álvaro. Sin título. Conferencia en *Jornadas de Teoría Sociológica: 100 años del fallecimiento de Max Weber*, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, 23 de julio 2020.

Parsons, Talcott et al. *Presencia de Max Weber*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1971.

Weber, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza editorial, 1979.